

Visita
al territorio de

Una canción del ser
y la apariencia

CEES NOOTEBOOM

Prólogo de Péter Esterházy

Sireuza Nuevos Tiempos



Cees Nooteboom



La Escalera
Lugar de lecturas

*Oh, esto es extraño engaño. Sutil falacia,
permuta del ser y de la apariencia.*

Frederik van Eeden,
La canción de la apariencia y el ser, III

1

—Naturalmente, eso es lo que tiene que hacer un escritor —dijo el escritor—. Volar como un águila sobre las personas a las que quiere seguir. En este caso el doctor y el coronel.

—¿Entonces existen? —preguntó el otro escritor—. ¿Trabajas basándote en personajes reales?

—Existen desde el momento en que los inventas —respondió el escritor, que no estaba del todo seguro. La conversación le aburría. Cómo podría explicar al otro escritor que no se imaginaba ni al doctor ni al coronel, que los acababa de inventar, durante esta conversación, para librarse de la monserga de siempre (acerca de la profesión, ¡Dios mío!, y por qué ya no haces nada). En los salones vacíos por donde vagaban ahora sus pensamientos, el vestíbulo de una estación, la sala de espera de un hospital, un gimnasio, atisbaba vagamente los rasgos de una figura militar. Charreteras, más bien de opereta. Por tanto, la historia no se desarrollaba en esta época, o no se desarrollaba en este continente. Porque ¿quién sigue llevando aquí y ahora semejantes charreteras?

—¿Qué edad tienen? —preguntó el otro escritor.

El escritor no respondió. ¿Sabía ahora que era un cuartel porque había visto las charreteras? Vio pasar el estetoscopio por el comedor vacío de ese cuartel. Nada ni nadie lo acompañaba. El objeto flotaba por la habitación, bastante despacio, a la altura de una persona de estatura normal. Pero ¿qué hacía un doctor en ese cuartel?

—¿Qué hace un doctor en un cuartel? —preguntó.

—Visitar a su hijo —dijo el otro escritor, que tenía un hijo haciendo el servicio militar.

—Sí, seguro, y además con un estetoscopio —dijo el escritor irritado. Vio cómo las charreteras giraban hacia el estetoscopio y cómo, mientras el utensilio médico se quedaba totalmente quieto pendido en el espacio, la charretera derecha hacía movimientos bruscos que sin duda eran causados por el brazo que había debajo, aún invisible. Agitación por tanto.

Justo cuando creyó que veía la sombra de una cabeza, la primerísima manifestación de un rostro, el otro escritor dijo:

—¡Quién hubiera dicho que llegarías a escribir una novela de médicos!

El escritor no respondió, por temor a que todo se disolviera en el aire, y fue recompensado. En la pared, detrás de las charreteras, apareció un retrato, enmarcado y tras un cristal, de alguien en uniforme y con muchas condecoraciones. No pudo descifrar los caracteres cirílicos de la firma, pero comprendió que ya era hora de acompañar hasta la puerta al otro escritor.

2

A las dos horas de que el otro escritor hubiera desaparecido, en cierto modo ofendido por la brusca despedida («rayana en lo grosero»), el escritor se hallaba todavía sentado tras su escritorio en la misma posición. Hay algo inefablemente triste en los escritores solos en su despacho. Tarde o temprano llega un momento en sus vidas en el que dudan de lo que están haciendo. Quizá sería extraño si no sucediera así. Con el paso de los años la realidad se va haciendo cada vez más importuna, y al mismo tiempo menos interesante, precisamente por el exceso de la misma. ¿Hay que añadir realmente algo más? ¿Hay que apilar lo inventado encima de lo existente sólo porque alguien, cuando era joven y había vivido aún poco de lo que se llama realidad, hubiera inventado sin más algo de pseudorrealidad y consecuentemente todo el mundo le hubiera llamado escritor?

En el papel que tenía ante él, el escritor había escrito una sola línea: «El coronel se enamora de la mujer del doctor».

La absoluta banalidad de esa línea le puso malo. «*So what?* —masculló—. El coronel está enamorado de la esposa del doctor». Aunque el escritor había adquirido con su prosa poética de altos vuelos la reputación de espíritu literario refinado, en la intimidad era casi siempre bastante mal hablado. «Las charreteras se follan a la mujer del estetoscopio. *So what?*». ¿Qué le importaba a él? Sin duda, en los cinco continentes había coroneles enamorados de mujeres de doctores y doctores enamorados de mujeres de coroneles..., y en vista de que hacía ya un par de cientos de años que había coroneles y doctores, su historia ya habría sido escrita, naturalmente, un par de cientos de veces, pero en este caso por la vida misma. Por otro lado, esto era lo que pasaba con todo. Toda variante estaba ya inventada porque ya se había vivido. Había escritores que pensaban que una historia escrita por

ellos aclararía algo de la realidad misma, pero ¿cuál era su utilidad? La claridad sólo formaría parte de la realidad del lector y, en última instancia, ¿qué otra cosa era el lector sino el posible tema de un relato?

Los escritores, pensó el escritor, inventan una realidad en la que no es necesario que vivan ellos mismos, pero sobre la que sí tienen poder. Cambió de sitio la hoja aún tan vacía que tenía ante él. ¿Era cierto? ¿Tenía él poder sobre esos dos rostros que ahora veía surgir poco a poco? ¿O acaso eran ellos los que tenían poder sobre él?

El rostro del doctor era pálido y delicado (¡vaya invención! ¡Como si no hubieran aparecido y desaparecido millones de rostros pálidos y delicados en la Tierra!). Pero es que *era* pálido y delicado. Ojos fríos y grises, un poco saltones, que no cambiarían de expresión si vieran algo terrible, cejas y pestañas de suave pelo negro, la boca casi sin color y demasiado hermosa. En realidad, lo más viril de todo ese rostro era el pelo que parecía fluir desde la cabeza y originaba una barba que probablemente tenía que ser refrenada dos veces al día y que, no obstante, seguía presente bajo el blanco de la piel como un resplandor azulado. Algo oscuro debajo de algo claro, pensó el escritor, y en la hoja de papel que tenía frente a sí escribió: «Como el agua bajo el hielo, allí por donde todavía no se ha patinado». Puso entonces un signo de interrogación detrás y volvió a tacharlo todo. Algo diferente le mantenía ahora ocupado. Si había una forma de poder para describir el físico de personas que no existían (para dar un físico a personas que no existían) desde una visión interior, imposible de verificar, entonces el punto culminante de ese poder era dar un *nombre* a esos personajes que no existían como si estuvieran realmente inscritos en el registro civil.

«Stefan, Stefan, Stefan —dijo el coronel mientras pinchaba al doctor con el índice entre los dos elegantes arcos niquelados del estetoscopio que tantas veces habían dejado pasar el estertor que apuntaba a la muerte—. Stefan, te juro que es el no va más».

3

¿Que qué es el no va más?, pensó el escritor, y sintió que le invadía un ligero malestar. Hacía dos semanas que había dejado de fumar, y vio el dedo amarillo por la nicotina con el que el coronel punzaba al doctor en el pecho. Era un dedo corto y ancho, que representaba a la perfección el físico del coronel, puesto que, aunque las charreteras flotaban un poco por encima del estetoscopio (ya no se podía hablar de flotar, ahora que la figura maciza y rolliza había rellenado la visión vacía bajo los ornamentos dorados), el coronel —al no tener casi cuello— en realidad no era más alto que el doctor, no, sino que parecía incluso más bajo.

El escritor estuvo escuchando un rato la lluvia que golpeaba afuera contra los cristales sin oír nada, o mejor dicho, sin registrar lo que oía, y entonces escribió: «¿Cómo se puede saber si alguien es admirador de Schopenhauer?». Miró un instante lo que había escrito, tachó luego la palabra *cómo* y transformó la *s* de *se* en una mayúscula. Si alguien es admirador de Schopenhauer, eso forma una parte de su esencia, y algo de ello, creía él, tenía que irradiar hacia fuera. Dudó. Ya era bastante autoritario el hecho de haber decidido que al coronel le gustara Schopenhauer, pero ¿qué también tuviera que apreciarse en su aspecto físico...! ¿Habría habido, pensó, en todo el infierno de los Balcanes (fíjate en ese retrato de rey medio imbécil con los caracteres cirílicos, ¡por supuesto que eran los Balcanes!) un solo coronel que leyera a Schopenhauer? ¿Que llegara a tener en casa incluso un único librito con los aforismos más populares? ¿Y podría apreciarse eso en alguien? Fue a su biblioteca, cogió un tomo de Schopenhauer, lo abrió por una página al azar, volvió a cerrarlo y dejó otra vez el libro en su sitio. Cinco minutos después lo sacó por segunda vez y se pasó la hora siguiente leyendo y hojeando. En

esa hora fue tomando forma el coronel Liuben Georgiev, monárquico, enemigo del bullicio, alguien que se tenía a sí mismo por un cínico, y soltero. Pero, naturalmente, todo eso ya lo era antes.

4

Fuera había empezado a llover. El doctor Fičev se disculpó con el coronel, que le dejó marchar con alguna dificultad. En la habitación se quitó la bata blanca, guardó el estetoscopio en su estuche y se puso la chaqueta del uniforme ante el espejo. «Te juro que es el no va más», le retumbaba aún en la cabeza, pero ¿qué no era el no va más para Liuben? Cómo se excitaba por todo este cínico tan poco cínico; debía tener cuidado con su corazón. Schopenhauer, del que según creía Fičev casi no había leído nada, era el filósofo más grande de todos los tiempos, el pasado búlgaro había sido escamoteado por los turcos, el congreso de Berlín había sido dirigido por un par de estafadores, si ese Battenberg valiera algo se haría coronar zar de Bulgaria, por qué nos salvaron los rusos en Pléven si después nos dejaron... etcétera.

El doctor suspiró y le sorprendió hacerlo mientras se estaba mirando, un hombre suspirando en el espejo. Alguien que no se interesaba por Bulgaria, al que le importaba un bledo que este o aquel gerifalte alemán de la nobleza fuera ahora rey o zar, que en realidad odiaba a los rusos y que abandonaría el ejército y Sofía al mismo tiempo cuanto antes, mejor hoy que mañana. Pero ¿adónde habría ido? Al único país donde un hombre con las trazas del hombre que estaba en el espejo ante él podía ir, a Italia. Y con una visión de luz y palacios y sol sobre grandes plazas salió a la lluvia. Pero el recuerdo del coronel Georgiev no le abandonaba. La razón por la que este hombre, un héroe de la guerra turca que ya desempeñara un papel tan importante en el levantamiento de 1876, un hombre que era su opuesto en todos los sentidos, le buscaba últimamente cada vez más, y por qué lo toleraba — aunque quizá no fuera ésa la palabra correcta—, para él era un enigma, y tampoco sabía ya si ese enigma era agradable o desagradable. Esos ojos

negros penetrantes, que nunca esquivaban la mirada, que te estaban apuntando directamente desde ese ancho rostro, demasiado búlgaro, como el cañón de un arma, la manera de hablar entrecortada y brusca, como si todo el mundo fuera su subordinado, y al mismo tiempo una extraña debilidad, como si estuviera siendo devorado o acosado por algo, algo para lo que al propio coronel no se le podía ocurrir ninguna palabra, o que, en cualquier caso, si se le llegara a ocurrir, le daría vergüenza pronunciar. Él tenía, pensaba el doctor, los síntomas de las personas a las que has dicho que tienen una enfermedad incurable y que ves que si pudieran te habrían matado a ti el primero, a aquel que tiene la desagradable obligación de decírselo, como si eso sirviera de algo.

El doctor se detuvo para dejar paso a la carreta de un campesino. Las cabezas de los bueyes blancos pendían en la lluvia debajo del yugo. Las patas acuñaban en el fango blandos sellos que inmediatamente se borraban fluyendo como baba. Fango búlgaro, pensó el doctor, mientras simultáneamente pensaba que parte del enigma de su relación era que él también se sentía al mismo tiempo el subordinado de Liuben Georgiev. Tan pronto aparecía ante sí, se sentía transformado en un sirviente, alguien que necesitaba para cualquier cosa la mirada aprobatoria de su patrón y que a la vez conocía un terrible secreto de ese patrón. Pero el doctor Fičev no tenía ni idea de cuál podría ser ese secreto.

5

El escritor sabía ahora más de Bulgaria que cualquier persona de su entorno. Pero eso no era difícil, porque de la desesperada feria de los antiguos Balcanes nadie había comprendido nunca nada, salvo un par de coleccionistas de sellos. Bosnia, Serbia, Herzegovina, Rumanía, todas esas fronteras bailando de un lado a otro, esos colores deambulando por el mapa como en el *Ethnographische Karte der Europäischen Türkei und ihren Dependenz zu Anfang des Jahres 1877 von Carl Sax, k.u.k. österreichisch-ungarischer Consul in Adrianopel*^[1]; amarillo para los búlgaros cismáticamente ortodoxos, marrón para los búlgaros musulmanes, y todos esos colores trepidantes del prisma estallado en mil pedazos para los grecovalacos, los serbios griegos ortodoxos, los serbocroatas católicos, y luego además el continuo desplazamiento de las fronteras nacionales, cada nueva frontera embebida en sangre inútil. Quizá fuera ésa la única utilidad del relato que escribía, que al menos él se ocupaba de ello, aunque no utilizaría ni una centésima parte de todas esas visiones horribles y macabras que se elevaban humeantes desde esos mapas y esas páginas, batallas olvidadas y gastadas, el tejido conjuntivo de la historia, sufrimientos que ya nunca podrías imaginarte que hubieran existido realmente, ni la razón por la que existieron.

El sufrimiento, pensó, debería pesar algo, debería tener un peso específico propio, debería ser visible como un mineral por lo demás inexistente, un valor inmutable en el que se habrían almacenado los cadáveres, la sangre, las heridas, las enfermedades, las humillaciones, y que quedaría en los campos de batalla, las cárceles, los lugares de ejecución y

los hospitales, un monumento que significaría lo mismo siempre y en todas partes.

Con una ligera irritación recordó cómo se había encontrado con el otro escritor un par de días antes a la salida de la biblioteca de la universidad. Habían tomado un café y el otro escritor había mirado en su bolsa, como siempre, para ver qué libros había sacado.

«Vaya... *The Balkan Volunteers*...». Lo había mirado un poco y luego había hojeado también la *Guide Bleu* de Bulgaria, conseguida de la sala de mapas después de dar mucho la lata, y el par de folletos de escasa calidad e impresos con deficientes colores que el escritor había obtenido en la oficina de turismo de Bulgaria. «Vaya... Bulgaria..., un país sin especial atractivo, ¿no? De todos esos países, el vasallo más fiel, por eso no se oye nunca nada de él. Sofía parece ser algo así como Assen. Nunca he estado. Tampoco tengo ganas de ir. Por otra parte, todo ese bloque del Este no me atrae nada». El otro escritor siempre estaba muy seguro de todo. Tenía la vida parcelada de manera ejemplar. Cada año aparecía una novela o un libro de relatos suyos, su obra se traducía en el extranjero y era valorada en el país, formaba parte de jurados y del Consejo para el Arte, y —lo que más le intrigaba y también ponía un poco celoso al escritor— parecía que realmente disfrutaba escribiendo.

—Balnearios en Bulgaria —murmuró el otro escritor, que seguía hurgando en la bolsa—. Koprivshitsa, Dios mío, qué idioma. ¿Estás seguro de que lo puedes pronunciar? ¿Vas a ir allí?

—No —respondió el escritor de manera concisa, y de modo un tanto indolente continuó—: Lo necesito para mi relato.

El otro escritor gimió y apartó de sí la bolsa de plástico con los dedos extendidos.

—Que te aproveche —dijo, y se despidieron.

6

El coronel no tenía un concepto muy elevado de sí mismo como soldado, si bien jamás lo habría admitido ante nadie. Hasta tres veces había participado en la terrible masacre alrededor de Pléven como uno de los jefes de los seis mil quinientos voluntarios búlgaros en el ejército de liberación ruso. El hedor estival de los cadáveres, los caballos abiertos en canal, los soldados medio descompuestos que aún sobresalían con una bayoneta en el cielo vacío, todos esos terribles detalles que veías y luego no veías, las cabezas roídas donde había quedado clavada una espada, fango sobre los cadáveres, cadáveres de polvo, cadáveres distinguidos, imbéciles, ridículos y demediados, de una u otra manera esas imágenes habían resbalado y desaparecido de su recuerdo tras cada batalla perdida.

Había pasado los largos meses de espera e incertidumbre en el campamento del Estado Mayor ruso ejercitándose y leyendo a Hilendarski. Lo escrito tenía más de cien años, pero nadie había evocado como él el gran pasado búlgaro, y a veces el coronel confiaba en que el gran escritor permanecería en algún lugar donde podría ver que ahora, en los tardíos años setenta del siglo XIX, había empezado por fin la gran lucha de liberación contra los bárbaros turcos. Pero a pesar de que en el paso del Sipka y en otros lugares se había comportado como un héroe, siendo distinguido como tal por los rusos, tenía sus dudas sobre la propia sangre fría. Poco después del desesperado intento de Oman Plasha de escaparse de Pléven, habían empezado las pesadillas, que él consideraba una manifestación de cobardía. Los gritos, los gemidos y las lamentaciones de los turcos atrapados en la nieve helada, los muertos envueltos en harapos que se habían quedado atascados en su marcha agónica hacia Rusia con una malévola nube de

grajos rodeándolos, grupos negros y congelados en la abandonada llanura blanca.

Cada noche pasaban por sus sueños treinta mil extraviados que dejaban tras de sí una cadena de moribundos y muertos que eran devorados por perros y cerdos semisalvajes.

En cierta ocasión se había quedado mirando con una pareja de oficiales rusos, desde su caballo, una batalla entre perros y cerdos por dos cadáveres congelados en un abrazo. Los rusos estaban borrachos y habían formado dos partidos, el partido de los cerdos y el partido de los perros. Los cerdos no dejaban de empujar al muerto gemelo con ese obscuro movimiento ascendente de su hocico, los perros tiraban del mismo trozo y sólo lo soltaban para aullar alto y fuerte; eso, unido a los vomitivos sonidos guturales de los cerdos, perseguía al coronel por las noches haciendo que también él se despertara gritando como un cerdo. Pero era de noche, el bloque negro y plano de la noche búlgara gravitaba sobre el campo mientras las imágenes de su sueño habían tenido la horripilante claridad de las cosas que se desarrollan dentro de una luz solar antinatural y lacerante.

Se avergonzaba ante su asistente, que había prendido la lámpara de aceite y le miraba con ojos extraviados por el miedo, como no debe mirar nunca un asistente a su coronel. En otro tiempo, en la academia militar donde se había formado, el viejo oficial prusiano que les impartía teoría militar y con quien jugaba alguna que otra vez al ajedrez le había dicho: «Ganar no es nada, muchacho. El ganar no deja huellas, es satisfacción. Perder es vivir».

El hombre estaba acostumbrado a hablar con paradojas, y por eso Liuben se sonrió un poco, pero el alemán —quien por otra parte le había transmitido el amor por Schopenhauer— dijo: «¡Ríete! Con el tiempo lo comprobarás: en la mesa de juego, jugando al ajedrez, con mujeres y en la guerra; perder es vivir, ganar es la muerte, porque después ya no hay nada. No es muy ortodoxo, y quizá no debería decírtelo, pero podrás soportarlo. Jaque mate».

7

No había nadie con quien el coronel pudiera hablar de sus pesadillas. El único con quien entablaba alguna vez una conversación que durara más de cinco minutos era Fičev, pero era reacio a revelar al doctor el secreto de lo que él consideraba una debilidad personal, aunque sólo fuera porque nunca podías estar seguro de cómo te mirarían después esos ojos fríos. Además, lo único que parecía alterar al doctor Fičev era la barbarie en el campamento del Estado Mayor ruso.

«¿Te imaginas? —decía—. El zar de todas las Rusias reside aquí y no hay ni una letrina en todo el campamento. El zar caga en el suelo en cuclillas igual que los cerdos, los perros y los soldados en el campo. La barbarie comienza a este lado del mar Adriático. Hemos nacido en el lugar equivocado».

Y luego seguía un relato lírico acerca de Venecia, Florencia, Roma. Escuchaba con educada ausencia las vehementes historias sobre la oculta grandeza que Liuben Georgiev le administraba como respuesta (¡enterrado!, ¡Simeón el Grande!, ¡nuestra espléndida Edad Media!, ¡Tărnovo!, ¡todo enterrado bajo quinientos años de mierda turca!). Las hazañas de Kalojan, la grandeza de Preslav y Ochrida, los frescos de Bojana, el último gran renacimiento dorado bajo el reinado de Iván Sišmán antes de que el oscurantismo turco cayera para siempre sobre el país, todo eso parecía no decirle nada. Sólo había una cultura, y ésa era la latina, la cultura de la luz. Los búlgaros eran bárbaros, igual que los rusos y los turcos, y los Balcanes, eran un infierno, una olla a presión llena de sangre derramada por guerras estúpidas e inútiles. Lo único que se podía hacer con ellos era una gran morcilla y dársela al resto del mundo para que la devorara.

Curiosamente, los horrores de la guerra no habían dejado huella en el doctor, «eso forma parte de los Balcanes», no le habían afectado en absoluto, como si bajo esa suave piel de color blanco azulado se encontrara una coraza de metal impenetrable. Había operado, serrado, sajado y escuchado los aullidos bajo sus ojos con la impasibilidad de un muñeco mecánico. Al coronel, que a menudo había oído los alaridos y los gritos desde la lejanía, no le quedaba más remedio que volver a pensar en los cerdos devoradores de turcos, y odiaba a Fičev en tales momentos porque sabía que volvería a pasar la noche en blanco.

La única vez que aludió de manera precavida a la relación entre sangre, muerte, guerra y pesadillas, Fičev se había limitado a reaccionar de forma irónica.

—Ahora escúchame bien, Liuben —dijo entonces—. La sangre y las heridas son vuestra profesión. Siempre pensáis que estáis aquí porque sabéis cabalgar sobre un hermoso caballo en un desfile, porque habéis dedicado un par de años a Clausewitz y habéis estudiado esos fabulosos mapas con movimientos de tropas, pero todas esas flechas, líneas, ofensivas y maniobras hay que traducirlas a rusos aullando, turcos berreando, y tus propias pesadillas, si las tienes.

El coronel recordaba muy bien ese momento. Fue en el verano de 1878. Era la primera vez que Fičev se había permitido pronunciar la palabra pesadilla. Pasaban caminando por una de esas grandes casas con apariencia de tarta que se encuentran en el centro de Sofía. Brillaba el sol. Era un día cálido y claro, y se podían ver a lo lejos las montañas con la simplona y maciza masa del Vitosha sobresaliendo por encima de todo.

—Las tengo todas las noches —dijo el coronel. El doctor se detuvo.

—Pareces un loco —dijo—. Bébetelo un *grózdova* antes de irte a la cama.

—Entonces es mucho peor —dijo Liuben Georgiev—. Entonces veo...

8

El odio era quizá la mejor descripción del sentimiento que le había asaltado al escritor cuando miró las dos últimas palabras. «Entonces veo...». Entonces veo ¿qué?, pensó, y supo que ya nunca se enteraría. ¿Por qué llevaba cuatro meses atascado en una frase? El teléfono, alguien que llamaba a la puerta, gripe al día siguiente, después una lectura en algún lugar, dos meses en España, donde estuvo trabajando en algo distinto, algo por dinero, algo despreciable entonces, pues un escritor «auténtico» no permite que nada interfiera en su trabajo. Pero bueno, se había ido de viaje, había metido en la maleta el cuaderno con el relato, como un talismán, entrando y saliendo de habitaciones de hoteles, pero no le había vuelto a echar una ojeada. Así se habían quedado dormitando su coronel y su doctor, congelados en el momento de esa última frase, el coronel con la boca todavía medio abierta, como si el montador hubiera parado la imagen en la mesa de montaje, y con la palabra que debía seguir a «veo» todavía en esa boca medio abierta. Pero ¿qué palabra? El odio que sentía no era porque hubiera parado entonces y allí, no. Le afectaba todo el problema: el engaño, la trampa.

El lector (¡el lector!) nunca se enteraría de esos dos meses entremedias, nunca se enteraría de que la palabra arbitraria que escribiría ahora para continuar el relato no era la palabra (probablemente no era la palabra) que hubiera querido escribir hacía dos meses. Pero sí que se convertiría en la palabra que el coronel había querido decir, e inmediatamente después sería esa palabra, y ninguna otra, la que podía haber dicho el coronel, porque ésa era la palabra que había dicho. Fuera lo que fuese aquello que inventara, esa invención se convertiría en realidad para el lector.

9

—Entonces veo fantasmas.

El doctor seguía con la mirada a un gran perro blanco que iba andando despacio, como si en cualquier momento pudiera tumbarse para siempre, a la sombra de las casas, y hasta que el perro se tumbó realmente y, por lo que se veía, también se murió de verdad, no dijo:

—¿Fantasmas con uniforme?

La ancha mano del coronel, ya contraída en la intención de asir aun sin sujetar nada, descendió perpendicularmente sobre el hombro del doctor y lo mantuvo agarrado con tanta firmeza que parecía que quisiera exprimir como el zumo de una fruta el ligero desdén que había sonado en esa observación.

—No. Muertos, cadáveres, pegados los unos a los otros, con agujeros. Cadáveres con rostros que se parecen al mío. Cadáveres que charlan, pero no puedo entenderlos.

—Nadie sueña consigo mismo —dijo Fičev—. Se sueña sobre uno mismo, se huye, se hace algo. Uno nunca se ve a sí mismo.

—Tienen mi rostro.

—¿Acaso sabes cómo es tu rostro? ¡Ni siquiera utilizas espejo para afeitarte!

El coronel se encogió de hombros. No le gustaba su propio semblante, así que lo miraba lo menos posible. No le sorprendió que le pareciera extraño a Fičev, porque a este respecto el doctor era como una mujer. No podía pasar por delante de un espejo sin mirarse en él, como si tuviera miedo de que al no hacerlo dejara de existir.

—De vez en cuando me vuelven loco —dijo él.

—¿El qué? —preguntó el doctor.

Por un momento Liuben pensó que le golpearía, pero dijo:

—Las pesadillas. Esta semana me desperté a cinco metros de la cama con sangre en la cabeza.

—Pero ya hace mucho tiempo que se acabó la guerra.

—Precisamente por eso —dijo el coronel—. Tengo demasiado tiempo para pensar.

—En este asqueroso rincón del mundo siempre hay guerra —dijo el doctor animándole.

—La culpa es de esos canallas de Berlín —dijo el coronel—. Si esas llamadas grandes potencias no malvendieran nuestro país... ¿Para eso hemos luchado, para dar Niš a los serbios y Dobrudja a Rumanía, a esas putas latinas?

La ancha mano flotaba por el aire, un arma que busca contrincante. Stefan Fičev dio un paso atrás. Le irritaba la autonomía de esa tosca mano. Tal y como se movía de un lado a otro ante él, más una cosa que algo a lo que se pudiera definir como una mano, una cosa de carne y hueso que perseguía el aniquilamiento sin más órdenes. Una mano búlgara, pensaba, una mano que no sabe acariciar, que no sabe hacer ademanes ligeros, que apenas sabe escribir decentemente, y se preguntó si en esa mano, y en el coronel —que no en vano estaba pegado a ella—, no se hallaba conglomerado todo el desprecio que sentía hacia sus compatriotas, personas con manos que podían estrangular a alguien, pero que detrás de esa fuerza ocultaban debilidad y caos; un caos, y eso le pareció una idea ingeniosa, que era tanto más peligroso cuando uno dejaba libres semejantes manos. Una vez había visto cómo el coronel, cuando en el campo de batalla un perro fue directo hacia el cadáver de un sargento al que había conocido bien, había cogido al perro por el cuello y con una sola mano lo había arrojado con tal fuerza que, en cuanto lo soltó, el cuello se rompió con un sonido breve y seco.

Cruzaron una calle en silencio. Ahora que la Rumelia oriental seguía en poder de los turcos, y otras zonas del país habían sido regaladas sin más por un par de señores sentados en torno a una mesa lejana y redonda de Alemania, todo volvería a repetirse en menos de diez años; en eso Fičev tenía razón, pero no parecía preocuparse mucho. Volvería a cortar y a serrar

tranquilamente, dejando que el viento se llevara el griterío que le rodeaba hacia el cielo con hedor a sangre. La boca llena de arte, pero puro hierro ante la visión de lo más horrendo. El coronel no sabía que el doctor estaba pensando en ese momento en las manos de Rafael, Miguel Ángel y Mantegna. Otras manos, manos que habían creado algo, que no eran sólo buenas para destruir.

Miró a un lado, hacia la ancha figura junto a él, hacia el ancho rostro sombrío que se dirigía al suelo con expresión de permanente ira. ¿Qué es lo que me une a este loco?, pensó. En alguna ocasión tendría que venir conmigo a Italia. Entonces le mostraría que en el mundo es posible encontrar algo distinto a este matadero eterno lleno de analfabetos. Y entonces me gustaría ver cómo mira, entonces me gustaría ver su mirada. Le emponzoñaré Bulgaria para siempre. Pero no estaba del todo seguro de si lo conseguiría.

—Te daré un poco de bromo —dijo, y sonó como si estuviera hablando a un niño mimado. La mano del coronel se transformó en un puño dentro del bolsillo de su pantalón.

10

—*Esse est actus et potentia* —dijo el otro escritor.

El escritor llevaba ya tiempo de mala leche por haberse vuelto a dejar enredar en una discusión.

—Mi latín ya no es tan bueno —dijo irritado, y pensó: eso te pasa por ir a recepciones donde se encuentra presente toda la literatura neerlandesa. Se quedó mirando fijamente y con repugnancia las croquetas, los cacahuets en pequeñas fuentes de cristal y las bandejas con vino blanco del tiempo y de mala calidad, probablemente español. Uno de sus honorables colegas había cumplido cincuenta años. De repente se producía un auge de los cincuentones en las letras nacionales, se precipitaba una lluvia de premios, y los cincuentones eran celebrados como si se les fuera a enterrar, como si todo el mundo ya estuviera seguro, o confiara, también eso era posible, en que ya nunca volverían a producir nada—. Bueno, ¿qué significa? —preguntó. El otro escritor, que no era el más guapo de la familia, en ese momento se parecía más a un mono que otras veces, puesto que estaba al lado de una palmera en el invernadero de Krasnapolsky y se estaba metiendo un puñado de cacahuets en la boca. Un mono que sabe latín, madre mía.

—*Esse est actus et potentia* —dijo el mono por entre los cacahuets—. Ésa es la solución a tu problema, porque no es ningún problema. «Lo que es, es tanto realidad como posibilidad». Lo que inventas es, al ser *posible*, también realidad.

—Yo también había llegado ya a eso —dijo el escritor brevemente—. La cuestión es sólo por qué lo haría alguien, por qué debe añadirse una realidad inventada a la ya existente.

—Podría darte una respuesta filosófica —dijo el mono, cuyo discurso volvía a ser interrumpido en cierto modo por una croqueta caliente—, pero la filosofía no es tu fuerte, no te enfades. Si una sola línea sagrada no te ayuda, tampoco te ayudará un arsenal entero. Estás hastiado, eso es todo. Y por eso te doy ahora las razones *llanas*, las evidencias materiales. Primera: digas lo que digas, es agradable hacerlo. Esos idiotas que dicen que sufren tanto al escribir lo han convertido en un ritual masoquista, algo que por lo tanto sigue siendo placentero. Segunda: porque te pagan, y eres un manirroto —en este punto miró las manos de pianista del escritor como si en ellas pudieran verse estigmas de verdad—. Tercera: porque así te haces famoso, y aunque tan sólo sea en los Países Bajos, eres famoso al fin y al cabo. No por la fama en sí, qué va, sino por el refuerzo personal que produce; y cuarta, muy importante, de todos modos tienes que hacer algo, y por lo que tengo entendido no sabes hacer otra cosa. Es pasmosamente sencillo, lo que pasa es que no paras de ponerte zancadillas a ti mismo, porque te avergüenzas de realizar un trabajo sencillo, ¡contar sin más una historia con un principio y un final! Y, sin embargo, en otro tiempo escribiste un par de buenos relatos.

—Sí, en otro tiempo. Entonces no reflexionaba sobre ello.

—Pues tienes que volver a hacerlo.

—¿El qué?

—No reflexionar sobre ello. Escribir es trabajar. Un pintor que está todo el día reflexionando sobre la pintura ya no pinta.

—Podría dar otra dimensión a su pintura.

—Si no pinta no puede verse. Y, además, esa otra dimensión en lugar de ninguna dimensión, puesto que no hay ningún objeto... ¿A quién le interesa?

—Tal vez a él mismo.

El otro escritor se limpió la boca con su mano de escritor (la de cosas que se pueden hacer con esa mano) y dijo:

—Todo son excusas, chorradas y excusas —y se fue, abandonando al escritor con el doctor y el coronel.

11

Se había firmado la paz de San Estéfano, pero el coronel no estaba satisfecho. En primer lugar no lo estaba porque aún había un gran territorio ocupado por los turcos, y en segundo lugar no lo estaba porque no sabía lo que tenía que hacer ahora. Se había despedido de Fičev, que había partido de nuevo a Tărnovo, su ciudad natal, y él, por su parte, había vuelto a instalarse en sus habitaciones en casa de la viuda Zograf, en el centro de Sofía. Se pasaba por el club, bebía demasiado, tenía pesadillas y se aburría. La guerra iba desapareciendo poco a poco de su existencia cotidiana y sólo le visitaba por las noches. Durante el día sentía un curioso vacío que no podía llenar con el trabajo en la organización del nuevo ejército nacional. Inútiles ejercicios, maniobras sin sangre con estúpidos reclutas, historias jerárquicas sobre rangos y ascensos y mucho chismorreó en los clubes nacionalistas sobre el Battenberg alemán, que nunca llegaría a ser un auténtico zar de los Balcanes, así era. Cultivaba su rencor a las grandes potencias, echaba de menos —le pareció bastante extraño— al doctor, cabalgaba mucho, visitaba de vez en cuando algún burdel y confiaba en un levantamiento. Cuando se le acabó el bromo pensó escribir a Fičev, pero ésa habría sido la primera carta que hubiera escrito en diez años, así que quedó en nada. Le había durado mucho la botella porque no quería acostumbrarse, y casi siempre estaba tan borracho que se quedaba dormido como un cerdo, atravesado en la cama. No quería pedirle el material al nuevo doctor del regimiento, puesto que aunque todavía no tuviera la plena seguridad de si Stefan Fičev le agradaba o no, confiaba en él; y con un doctor nuevo nunca se sabía: prefería que en el cuartel no se corriera la voz de que el héroe del paso del Sipka tomaba bromo para los nervios.

Una semana después de que se hubiera terminado la gran botella llegó una carta de Fičev. Era una carta breve. Stefan Fičev iba a casarse (el idiota, pensó el coronel) y solicitaba al coronel que fuera su testigo. Liuben Georgiev pensó con repugnancia en todas las tonterías primitivas que algo así llevaba consigo, incluido el afeitarse al novio. Ya se veía a sí mismo, con esa barba de mierda de Fičev. Pero tampoco podía negarse.

12

Al escritor le ocurría ahora algo misterioso. Excitación. Ésa era la palabra que mejor podía describir su estado. No le gustaba la combinación del adjetivo sexual con excitación, porque así esa sensación intensificada se localizaba en un punto determinado, mientras que él sentía esa excitación —ya que eso es lo que era— por todas partes, en su interior y de hecho rodeándole. Con toda seguridad tenía que ver con esa mujer, ya que no había empezado hasta después de la carta de Fičev, procedente de Tărnovo. Encontró una opción en «sensual», pero aun así daba que pensar: ¿excitación sensual por una mujer que no existía? «No, si eres un buen escritor», habría dicho el otro escritor, pero a ése intentaba evitarlo, y con éxito. Por otro lado, si su historia hubiera sido sólo una invención, un producto de su fantasía como reflejo de la vida tal y como aparecían en libros a millares para distraer a las personas, ¿también habría sentido esa extraña excitación? Pero esa mujer, quienquiera que fuese, ¿no era un producto de su fantasía?

Lo que quiero, pensó, pero no estaba seguro de si lo había inventado él mismo o si lo había leído en alguna parte, es que lo que escribo sea una metáfora invertida de la realidad. ¿Cómo era esa cita de Goethe? «Alles Bestehende ist ein Gleichnis»^[2].

Pero ¿por qué una metáfora *invertida*? No, eso no se lo había inventado él. Lo escrito como metáfora de lo existente, y lo existente como metáfora de sí mismo, eso le bastaba. Y esa excitación, cuando se hubiera querido dar cuenta, ya sabría lo que era. «Chorradas», oyó decir al otro escritor en algún lugar de su mente. Lo dijo sin darle mucha importancia, como si estuviera en un cómodo sillón y espirara aros de humo hacia el techo, y esta

vez el escritor no estaba del todo seguro de que no tuviera razón. Pero se había hecho demasiado tarde para seguir escuchándolo.

13

El propio coronel era oriundo de Trakyska Nizina, y como hombre de las llanuras no le gustaban nada las montañas; tenía siempre la sensación de que se encontraban entre él y la panorámica. Sin embargo, no se podía sustraer del todo al encanto de Tǎrnovo. El Jantra, que le acompañaba bajando estrepitosamente desde el paso del Sipka, había desgastado tanto su afilado sendero en las montañas que parecía como si las colinas, por donde trazaba sus salvajes curvas, se hubieran convertido en islas. Desde la lejanía reconoció el Cáreveč y el Trapézica, y cuando se hubo acercado a la ciudad vio cómo las casas pegadas con sus tejados rojos bailaban reflejadas en el agua turbulenta del río. Tenía la sensación de que todo era irreal, demasiado bello, algo creado para ser pintado. Realmente algo típico de Fičev el haber nacido aquí.

Durante dos siglos Tǎrnovo había sido la esplendorosa capital de la Bulgaria medieval, y eso podía verse aún. La idea de grandeza nunca había desaparecido del todo. Incluso Fičev no tendría más remedio que reconocer que su famoso homónimo, el arquitecto, había dejado en su época un grupo de casas e iglesias espléndidas y genuinamente búlgaras.

Pero la primera vez que el coronel y el doctor se volvieron a ver después de tanto tiempo, no hablaron de ello, porque Stefan Fičev había traído consigo a su futura esposa, y ésta arrebató el aliento de una manera tan literal al coronel que éste, ya de por sí poco locuaz, permaneció callado de manera provisional.

14

Cuando más tarde reflexionaba a solas sobre cuál había sido su primera sensación al ver a Laura Fičev, la mayoría de las veces no podía ir más allá del concepto de «nostalgia». No era el tipo de hombre que analiza sus sensaciones, y para él la nostalgia tampoco era en realidad una noción claramente definida (y menos aún en relación con personas), pero, a pesar de todo, ésa resultó ser la única palabra que podía describir de algún modo la extraña sensación que le había embargado desde ese primer instante, y que ya nunca le había abandonado, estuviera ella presente o no. Pero tampoco era cierto... Era mucho peor cuando ella estaba presente.

Sintió la nostalgia por primera vez en Alemania, cuando visitaba la academia militar. En aquella época, cuando al atardecer volvía del bar a casa, la llanura que tenía ante sí y en la que había nacido le producía una imagen veraniega, de amplitud, plana y polvorienta. Eso le atenazaba la garganta. Y eso era pues la nostalgia, un sentimiento que le atenaza a uno la garganta.

Laura Fičev no se parecía en nada a las otras mujeres. Era como si para su caso particular se hubiera inventado una especie distinta de seres humanos. Había una ingravidez casi idiota en sus movimientos, como si las leyes de la fuerza de gravedad no contaran para ella. Flotaba o navegaba, un poco por encima del suelo; su avance no tenía que ver necesariamente con el andar, y ésa no era la única ley natural que parecía violar. Su piel parecía atrapar la luz antes que la de las otras personas, de manera que lo primero que se veía de ella era su rostro, sin importar el lugar donde se hallara, ya fuese dentro o fuera, y todos sus movimientos —inclinarse, señalar, un ligero cambio de sitio— parecían ser realizados por un cuerpo sin articulaciones, sin huesos, como si, llegado el caso, pudiera enrollarse al

modo de los gatos, una impresión que se reafirmaba más por el hecho de que ninguno de esos movimientos producían jamás sonido alguno. Un poco fantasmal sí que era. Cada vez que el coronel la miraba sentía que su propio cuerpo se volvía más pesado, como si se incrementara la materia en su interior, de manera que sus pasos se hacían más ruidosos y sus gestos más lentos. La figura se le ensanchaba en el espejo, la voz le sonaba fuerte en los oídos por primera vez en su vida, y tenía incluso la angustiosa sensación de que las cosas que cogía —un vaso, una taza, un cigarrillo— se romperían al primer contacto. Por primera vez en la vida desconfiaba de su propio cuerpo o, mejor dicho, por primera vez en la vida se sentía expulsado de su propio cuerpo, se había convertido en un perro grande que tenía en casa y en el que no se podía confiar.

Todo esto ocurrió la primera hora. Era ineluctable, y Liuben Georgiev sabía, sin poder expresarlo con palabras, que su vida había cambiado. No se puede conocer a semejantes personas de forma impune. Y eso fue antes de que se hubiera percatado de los otros horrores: la voz, que siempre estaba rodeada de aire, de manera que todo lo que decía se encontraba en pequeños paquetes de aliento velados y aislados, dando la impresión de que no era verdad lo que decía, o que no era verdad que decía algo, o, pensó más tarde, por la manera como hablaba no te quedaba más remedio que pensar que estaba hablando con alguien que precisamente ahora *no* estaba presente. El hecho de que los ojos azules sobre sus pronunciados pómulos le traspasaran a uno, o que estuvieran dirigidos a ese personaje invisible y ausente junto a ti, después pareció casi normal. Su cabello era rubio y espeso, casi lo único de todo su aspecto en lo que se podía confiar materialmente, las manos alargadas, muy blancas, casi transparentes. El coronel apenas se atrevía a tocar esas manos.

15

«¿Metáfora invertida? ¿Por qué no metáfora pervertida? —la voz del otro escritor tenía algo quejoso, como si hablara a un niño pesado que no comprendía por qué las clases de piano podrían servir para algo—. Todavía no comprendo que puedas estar dispuesto a sumergirte en todo tipo de teorías absurdas, y no lo estés para contar sencillamente un relato normal y corriente. Pero tengo la sensación de que esto ya lo he dicho mil veces. Lee sin más a Trollope, a Fontane o en mi opinión a Walter Scott o a Graham Greene. Dios sabe que no tienes por qué avergonzarte de la tradición de la que también tú procedes. La distancia entre el ahora y el entonces parece muy grande, pero no lo es, y con todos esos golpes de efecto no le haces un favor a nadie. Así pierdes a tus lectores, si es que aún te queda alguno. A los lectores puedes ahuyentarlos con dos cosas: una, con falta de capacidad profesional, y dos, aburriéndolos demasiado con la profesión como profesión. Si el acto de escribir es o debería ser una metáfora normal o una metáfora invertida de la realidad, es algo que no le importa nada a tu lector. Lo único que le interesa es si aquello que lee se convierte en realidad para él en ese momento. O mejor dicho, es realidad. Si no es así, lo tirará a la basura, si es que ya no lo han hecho los críticos por él». «¿Qué te pasa? —quiso añadir—, ¿es que odias escribir?», pero no era ni el momento ni el lugar para comenzar con esa clase de juegucitos de la verdad, porque los dos escritores iban juntos al entierro de un tercero que los había precedido en las antologías.

Era extraño que fueran caminando juntos, pero parecía que en tales momentos surgía una unidad en los opuestos; en cualquier caso tenían una cosa en común, su aversión a comitivas, desfiles y colectividad. La última vez —recordaron los dos— que habían ido juntos en una comitiva había

sido en la gran manifestación por Camboya, y sin saberlo ahora con exactitud el uno del otro, lo cierto es que hubo un momento de esa tarde que les vino claramente a la memoria, el instante en que la comitiva dobló la esquina de la Reguliersbreestraat y la Halvemaansteeg, y el griterío que en las calles más amplias ya había sido tan extraño y elevado, de repente, en la callejuela estrecha, rebotaba a un lado y a otro de las fachadas: «Ni-xon a-se-si-no, Ni-xon a-se-si-no, Ni-xon a-se-si-no». Los dos se habían sentido bastante desgraciados e inmediatamente habían buscado la compañía mutua. Ninguno de los dos había participado nunca en una manifestación, y no les resultaba nada agradable. Las banderas rojas, las pancartas que se desenrollaban, las consignas a coro comandadas por hombres con voces azuzantes, cuyas divisas suscribían, pero no el volumen, que pretendía penetrar en Washington. Para quien estuviera mirando sin participar aquella tarde, los dos tenían también el aspecto de multitud, porque no en vano formaban parte de ella, pero el alma no se convierte con tanta facilidad en parte de la masa. Más tarde, cuando la misma historia, que en ocasiones se parece a una manifestación, también había doblado por su parte una esquina, el escritor había vuelto a pensar alguna que otra vez en aquella manifestación. El régimen al que habían ayudado a llegar al poder con esa manifestación (porque así hay que verlo, de otro modo habría que admitir que semejantes manifestaciones sólo sirven para el propio consuelo y por tanto son absurdas, pudiéndote ahorrar así la marcha) había asesinado ya a más personas que cualquier bombardeo anterior, y al escritor le había parecido necesario recorrer de nuevo, pero ahora *solo*, el trayecto de esa manifestación en la que participó tanto tiempo atrás, como una meditación, una penitencia, una peregrinación, no sabía qué con exactitud, quizá como expresión de duelo.

En cualquier caso, duelo no era lo que sentía en el entierro de su colega. Los escritores neerlandeses en general pueden hacer poco los unos por los otros, pero enterrarse lo saben hacer de maravilla, y si existía en algún lugar una metáfora invertida de la realidad, ése era un entierro así, lo más semejante que había a una recepción oficial de la feria del libro. El síndrome de todo-el-mundo-está-presente, los raros parientes de los que nunca hubieras pensado que en algún momento hubieran podido tener algo

que ver con el fallecido (los escritores no tienen familia), la narración de terribles anécdotas sobre el muerto y el ligero encanto de ir caminando por esa gravilla tan triste, la perspectiva del café imbebible y de los licores subsiguientes, todo eso mezclado con banderas con ráfagas de auténtica tristeza por el otro y por ti mismo, el volver a ver a nudosos ensayistas y a poetas canosos de quienes habías pensado que también hacía tiempo frecuentaban el reino de los muertos, la «empresa» al completo, como decía el otro escritor, producía una fugaz sensación de solidaridad que sólo se podía soportar porque cada uno sabía que una hora después volvería a fragmentarse en revistas, corrillos, tendencias y escritorcillos solitarios en los aposentos invisibles para el mundo, por lo general bastante raros.

Una frase en la necrología del fallecido, que no había sido un gran escritor, pero sí un escritor diligente cuyas novelas probablemente no alcanzarían el final del siglo, le seguía manteniendo ocupado. «Creó sus relatos proyectando su mundo interior en el mundo exterior, sin aspirar directamente a “representar” su propia persona».

¿Cuál es, pensaba el escritor mientras los primeros parientes empezaban a reaparecer de vuelta de la tumba, mi mundo interior en el caso de Fičev y Georgiev? ¿O acaso no tengo ningún mundo interior? El único indicio era que él, en cualquier caso, había inventado a esos personajes. Pero precisamente ésa era la terminología que odiaba. Los había visto. ¿O no?

—¿Crees que es posible —preguntó al otro escritor, que apretaba en la mano un ramo de narcisos blancos como si los tuviera que pulverizar antes de haber llegado a la tumba— repartir entre un par de personajes elegidos de forma totalmente gratuita, de una época que apenas conoces y de un país donde nunca has estado, tanto de ti mismo que al final pueda llegar a aclararte algo de ti? Quiero decir, entonces podría ver la utilidad... —pero habían llegado a la tumba y de la respuesta del otro escritor sólo captó algo así como: «Contar una historia y nada más, y si hay alguna motivación diferente... buscada por estudiantes de literatura..., en lo que a él concernía (y en cierta manera eso sonó cruel en el lugar donde estaban) bien podían caerse muertos... preferible estar en diez mil casas que... un loco académico y medio... la Universidad de Nimega... me trae al fresco...».

Miraron juntos por un momento el agujero de tierra en el que el ataúd pálidamente brillante de su colega dado de baja estaba aguardando la oscuridad eterna que despuntaría cinco minutos después. El otro escritor echó los narcisos sobre la tapa de madera y se dieron la vuelta.

—Tu lector sólo quiere saber cómo termina tu coronel, y le da por el culo tu preciosa interioridad.

Y tras un largo minuto en el que se habían mirado los zapatos manchados de tierra sobre la grava crujiente, añadió irritado:

—Si es que, llegado a ese punto, aún sigue interesado.

No, las conversaciones con el otro escritor no siempre transcurrían de manera fácil.

16

Esa noche, en el hotel, el coronel tenía que reflexionar sobre diversas cosas, pero al ser esas cosas tan enigmáticas, no supo por dónde debía empezar a pensar. Había comprendido que se había enamorado de Laura Fičev o, mejor dicho, de la mujer que a partir de mañana iba a ser la esposa del doctor Stefan Fičev. Ese estado ondulante y ardiente en el que se encontraba, eso era pues el enamoramiento, un estado ridículo para un hombre metido ya en los cuarenta. No lo había padecido nunca hasta entonces, y le había alcanzado como el impacto de una granada: tampoco había encontrado una comparación más interesante. Pero lo que para él era mucho más enigmático, tan enigmático que dudaba de su sano juicio, era que su amor era correspondido, de manera flagrante, ostentosa y fatalmente seria.

El doctor había salido de la habitación en un momento dado, y la persona de Laura Fičev se había acercado a él, Liuben, antes de que éste hubiera formulado cualquier frase acerca de algo totalmente intrascendente, y había dicho con esa voz que no parecía fluir de su rostro, sino de otro rincón de la habitación, algo así como: «Lo sé, sí, lo sé», y después había realizado uno de sus pasos volátiles por la habitación y se había detenido ante la ventana, una figura de repente muy quieta, vestida de seda gris, junto a la cortina marrón oscuro. La luz de fuera le había palidecido aún más el rostro, y bajo ese yelmo de cabello rubio sus ojos habían mirado a otro Liuben, alguien que quizá también fuera él mismo, pero que no se encontraba del todo en su figura, más bien en otro lugar a mitad de camino entre su lado y en su interior, de manera que ahora tampoco estaba ya seguro de que hubiera pronunciado para él esas palabras de hacía un momento. Después se había dirigido de nuevo hacia él en su trayectoria,

rápida e imprevisible, y le había tocado la cara, y poco antes de que Fičev entrara había vuelto a marcharse revoloteando con sigilo.

Había creído que se ahogaba, ahora también estaba seguro de que la temía porque estaba loca, y más seguro todavía de que su mano se le había quedado como una gran marca en el rostro, pero aunque no fuera así (casi nunca aparecen manos en los rostros), Stefan Fičev sí que se percató de su turbación, y eso no parecía desagradarle. Un escritor neerlandés había afirmado una vez, casi cien años después de que se hubieran desarrollado estos acontecimientos, que la mujer a la que un hombre elige expresa la postura de éste en el mundo —o algo por el estilo—, y así era, pensó Fičev, exactamente. Él había elegido a Laura por el efecto que produciría en el mundo exterior, y sobre todo porque él *vería* ese efecto. No es que él mismo se quedara impasible ante ese efecto, sino que el hecho de que ese efecto fuera tan visible constituía la esencia de su sentimiento. Había definido a Laura en su interior como a-búlgara, o quizá como anti-búlgara, y el primero en el que podía comprobar su efecto era supreciado antípoda Liuben Georgiev. El pobre hombre había caído fulminado, no cabía la menor duda, y Laura parecía también peculiarmente afectada. En el fondo esto era mucho más extraño, porque para él era un misterio lo que una mujer podía llegar a ver en un tosco cacho de carne como Liuben, pero eso lo hacía tanto más excitante. El doctor era una de esas personas para quienes los celos son un ingrediente indispensable del amor, y llevaba esta convicción hasta el final. Si los celos no surgían por sí solos, debían provocarse. No podía decir si Laura había notado algo de todo esto y le estaba haciendo el juego, era demasiado pronto para algo así, y además ya había renunciado a interpretar sus reacciones en un sentido u otro. No está bien de la cabeza, pensaba a menudo con cierta satisfacción, y achacaba su peculiar comportamiento al hecho de que durante años había padecido tuberculosis. Oficialmente estaba curada, pero todavía se encontraba o muy cansada o en un estado de exaltación apenas controlable, cuyos motivos no siempre eran claros. Pero era precisamente la alternancia de lo quebradizo y lánguido, y luego otra vez lo flotante y casi idiota, lo que tanto le fascinaba. Si ahora pudiera convencer a Liuben para marcharse con ellos a Italia, todo estaría arreglado. No sólo tendría público, sino que también podría sentir de

continuo esa excitación añadida de la que ya empezaba a disfrutar. Y por último ese pedazo de hielo búlgaro debería derretirse por fin en la luz mediterránea y debería admitir lo que le había indicado durante tanto tiempo: que sólo había un país en la Tierra. Y ése no era Bulgaria. Contaba los días que le quedaban para poder salir de una vez por todas de ese establo.

17

El coronel Georgiev sentía un odio mortal por todo lo que fuera turco, pero esa noche se fumaría cien cigarrillos turcos hasta tener la sensación de que el fino y afilado tabaco le había tallado toda la boca por dentro. Había intentado dormir, pero ahora Laura Fičev empezaba también a deambular por sus pesadillas como un espíritu sobre el campo de batalla. No había nada que hacer. No dejaba de despertarse bañado en sudor, iba de un lado a otro de la sofocante habitación como un condenado a muerte que sería ejecutado a primera hora de la mañana. Abrió las ventanas. El aire fresco de la montaña y el silencio mortal de Tărnovo inundaron la habitación, pero no servía de nada, la sensación de peligro ya no le abandonaba, en la boda tendría el aspecto de un hombre de cincuenta años que ha pasado la noche en vela y que ha querido limpiar el sabor de ásperos cigarrillos y el miedo a sus propios sueños con demasiadas copas de coñac de mala calidad.

Si por lo menos hubiera habido alguien con quien poder hablar, aunque hubiera sido un escritor neerlandés, pero el único escritor neerlandés que le conocía bastante bien aún no había nacido, y además el coronel no podía hablar, nunca lo había hecho.

El único al que alguna vez había intentado decir algo sobre sí mismo había sido Stefan Fičev, y el solo resultado había sido esa vergonzosa botella de bromo que ahora estaba vacía. Y lo que ahora le mantenía preocupado no podría hablarlo nunca con nadie, mucho menos con Fičev.

Cuando miraba su imagen en el espejo, en contra de su costumbre, mientras se afeitaba, vio sus ojos inyectados de sangre y pensó: tengo el aspecto de un cerdo y soy tan estúpido como un cerdo; y como esa frase le gustó, la repitió unas cuantas veces en voz alta entre las paredes resonantes del cuarto de baño.

Los jirones de la conversación durante la cena se le pasaban por la cabeza agotada; toda la noche se había convertido en un concentrado lugar común de las discusiones anteriores. Fičev le había persuadido de que fuera más búlgaro que nunca, y él había gritado tan fuerte en favor de un levantamiento en la Rumelia oriental que levantó los aplausos de las otras mesas. Cuando por último había evocado también con tono elevado los recuerdos de sus hazañas conjuntas —fue muy fácil, ya que el terrible decorado que se debía representar aparecía cada noche en sus pesadillas—, el propietario les ofreció una botella de espumoso de Krim.

¡Dios mío, él, que nunca decía nada, qué se había creído! Sin embargo, no se le había escapado el efecto producido en Laura. Había estado sentada a la mesa como una trémula caña, y en los silencios entre la conversación cada vez más ruidosa de los dos hombres, ella misma había contado todo tipo de historias. Historias exóticas sobre cosas y lugares que él no conocía, porque si bien había hecho lo posible por seguir sus palabras, no lo había logrado. Clases de ballet con un afamado maestro ruso en París, un sanatorio en Suiza y cómo se vivía allí. No podía imaginárselo. Tampoco cuando hablaba de los otros pacientes y de las altas montañas blancas que los rodeaban. La idea de que había pasado tantos años entre otros enfermos..., ¿serían personas como ella? Su padre había sido embajador o había trabajado en embajadas... Estocolmo... Roma... Quizá la habría podido comprender si no se hubiera obstinado en dejar cada historia a la mitad para volver a empezar con otra, de manera que se disparaban sobre la mesa exaltados fragmentos de su vida incomprensible, detalles cuya envergadura él no podía concebir, pero en los que se habría querido perder si hubiera sido posible. De vez en cuando había tenido la sensación de que debía agarrar con las manos el borde de la mesa para no tenderlas hacia ella o para no ser absorbido por esa multitud turbulenta y desmembrada de recuerdos inacabados.

No dejaba de ver ante sí ese momento en el que ella había acercado tanto su rostro; pero por intensamente que la mirara, el rostro de esa tarde ya no regresaba, no, ahora que había reflexionado bien sobre ello, parecía como si no le hubiera mirado ni una sola vez en toda la noche, al contrario

que Fičev, que le había estado mirando fijamente todo el tiempo como un gato contento que ha comido demasiado de su comida favorita.

18

Una historia así sólo podía terminar con la muerte de uno o dos protagonistas, o quizá de los tres. Pero todavía no tenía claro lo que significaba el hacer morir a un personaje ficticio.

—Nada —dijo el otro escritor—, siempre que sea una parte de la cohesión lógica de tu relato. No si lo has de hacer para librarte de alguien o dar un giro a algo, como los malos dramaturgos que sacan a alguien del escenario con un mensaje porque tiene que entrar otro personaje que ha de decir algo y aquél no puede estar presente.

—Pero no lo digo en ese sentido —dijo el escritor—. Lo digo en el sentido...

—... metafórico —completó el otro mofándose—. ¡La divina omnipotencia del creador y demás tonterías!

Cielo santo, con qué frecuencia se ven los escritores neerlandeses entre sí. Esta vez era en el pasillo de su editor. El escritor miró con envidia el grueso paquete de galeradas que el otro escritor llevaba bajo el brazo.

—Tampoco es tan difícil —dijo el otro escritor, y elevó con un gesto teatral pero ágil el grueso paquete de papel impreso hacia su calva cabeza y lo dejó caer con un golpe considerable—. De aquí salen, y si tengo suerte aparecerán en veinte o cuarenta mil paquetes como éste. Bueno, no pongas esa cara de pena. Vamos a tomar algo.

Fueron caminando por el Singel, apartándose para dejar pasar a los coches, y luego otra vez el uno al lado del otro —pasando por la librería Athenaeum, que tenía en el escaparate tres libros diferentes del otro escritor — hacia Arti. El famoso club de artistas se erigía como un bastión de paz decimonónico junto al Rokin.

—Así parecemos gente importante —dijo el otro escritor cuando se sentaron en dos grandes butacones de Berlage—. Tómate una copa de vino. Intentaré volvértelo a explicar por última vez. Mira, tampoco soy uno de esos palurdos que no comprenden de lo que hablas. Lo que pasa es que ya llevas demasiado tiempo hablando de lo mismo, y además es algo de lo que hay que hablar al principio de tu... digamos de tu carrera. Escribir es algo muy raro, y quien reflexiona demasiado sobre ello ya no escribe. Yo siempre hago como si fuera un contador de historias del siglo xx, y eso también es una chorrada, pero he decidido que es una profesión y que yo ejerzo esa profesión sin especulaciones sobrenaturales. El mundo existe, y yo cuento al mundo cosas del mundo. Eso puede hacerse de diferentes maneras, y yo he optado por un método de lo más común, pero bastante inteligente, porque eso es lo que sé hacer. Las personas me leen porque reconocen algo, quizá incluso porque, paradójicamente, reconocen algo que aún no sabían, y con eso me conformo. No experimento con el estilo porque no hay nada que envejezca y se ensucie tanto como el lenguaje, incluso si escribes de manera sencilla, antes de morirte ya se te están cayendo de viejos los trapos. Hay pocos que sobrevivan a esto, y todavía queda por saber por cuánto tiempo. Y por lo demás no filosofo sobre lo que hago, porque considero que la filosofía debe estar en lo que hago. Así soy. Contigo ocurre algo muy diferente. Tú crees que el mundo sólo existe cuando escribes. Tú, que no quieres escribir, porque parto de que alguien que no ha escrito durante un período tan largo de tiempo en realidad no quiere o no se atreve a escribir, crees mucho más en la escritura que yo. Porque si el mundo sólo existe cuando escribes, entonces lo que en realidad estás diciendo es que sólo existes cuando escribes. Y eso significa —dijo retrepándose con satisfacción— que en cada momento debes tomar la decisión de si quieres vivir realmente o no. No dudas de la autenticidad de tus personajes, sino de la autenticidad de ti mismo. Si puedes inventar a alguien, también alguien te ha podido inventar a ti.

El escritor no respondió. Siempre había aborrecido que «se practicara psicología con él», como lo llamaba, y lo definía como una necesidad de invisibilidad. Nadie tenía el derecho de observarle, y de hecho no podía imaginar que nadie lo hiciera y por tanto emitiera un juicio sobre él. Ya era

bastante complicado sin que los demás se entremetieran, y sólo empeoraba si se aproximaban a sus pensamientos, no siendo además sus propios pensamientos.

—Simular la verdad para ser algo —dijo el otro escritor no sin pedantería, en el tono de alguien que cita—. ¿Sabes de quién es eso?

—De Pessoa —dijo con esfuerzo el escritor, como si tuviera que admitir un error.

—Mira, tal vez pueda parecerte muy aburrido lo que voy a decirte ahora —continuó el otro escritor mientras se restregaba cómodamente en el enorme y redondo respaldo—, pero no te enfades. Pessoa sacrificó su vida en el matadero de la literatura. Es un tópico histérico, pero de eso se trata: lee su correspondencia. Y si ahora quisiera ser muy estúpido, diría: eso ya debería saberlo *él*. Un gran poeta, pero si quieres decirlo de forma plebeya, un caso patológico. Siempre me pregunto si la literatura se lo merece. También puedes convertirlo en algo muy noble y decir que tenía tanto miedo que no existía, que se repartía fumando y bebiendo entre cuatro poetas para existir en cada caso cuando él, paradoja, paradoja, ya no existiera realmente. Y funciona, fíjate. Con su vida material creó una obra inmaterial que todavía hoy existe. Lo único de lo que pudo disfrutar materialmente, mientras escribía y se mataba a fuerza de alcohol, fue de la perspectiva. Su suprema creación fue su vida, pero antes debía acabar con ella.

—Tonterías —dijo el escritor. Le gustaba Pessoa y odiaba las conversaciones teóricas—. Si hubiera llevado la misma vida y hubiera escrito malas poesías, ahora no estaríamos hablando de él. Además, siempre queda el placer de la creación.

—Sin embargo, no puedes negar que creó su vida como una ficción y a sí mismo como a un personaje de novela que sólo podrías leer cuando la novela estuviera terminada.

—Tal vez, pero la diferencia con un personaje de novela es que él sí que tenía que vivir primero.

—Bueno, estupendo. Tú mismo acabas de expresar claramente la diferencia. ¡Bravo! Tu preocupación eterna y estéril es si los personajes de las novelas existen o no. Pessoa no era ningún personaje de novela. Tuvo

que vivir cada segundo de su vida de forma material, y podría haberlo hecho de otra manera, sin beber, casándose, sin escribir, quemando sus poemas, de mil maneras. Tenía capacidad de elección. Y ésa es la diferencia con los personajes de novela, porque ellos no tienen esa capacidad. Otra persona, el escritor, la tiene. Y, naturalmente, por eso los personajes de novela existen y no existen al mismo tiempo. Cuando te dije aquella vez: «Podría darte una respuesta filosófica», me refería a eso. Si digo que un personaje novelesco no existe, quiero decir que no existe materialmente. «La forma sin materia existe en potencia, no en acto». Aristóteles. Y esa existencia potencial es la que acontece también en los libros.

Ahora parecía como si la conversación le resultara dificultosa también al otro escritor, porque se dibujó un asomo de gotas de sudor sobre su ya resplandeciente frente de pedante.

—Mira —dijo—, justamente ése es el límite de la existencia de un personaje de novela. Pessoa eligió, puede decirse, más o menos su propia muerte; en cualquier caso eligió, digamos desde un determinado momento, su propia vida. Tú, por nombrar a alguien, puedes morir aún mil muertes. Pero Madame Bovary pudo y puede morir sólo una muerte, siempre la misma. Si tu héroe muere en la página 206, morirá siempre en la página 206, y siempre de la misma manera, exactamente igual que si coge una rosa en la página 20; cuando yo o mi hijo volvamos a leer la historia dentro de veinte años, siempre la cogerá en la página 20. ¿Existía el joven Werther? Sí, cuando alguien lo leía. Existe cada vez que lees a Goethe, cada vez que piensas en él o manejas su nombre como una idea. Pero está conformado por palabras que nunca se harán carne. No está hecho de materia, como tampoco lo están Don Quijote o Lolita. Y no tendría que decírtelo, porque eso sólo te va a dejar peor que antes, pero si quieres saber más al respecto (mi conocimiento en ese terreno se ha convertido gracias a Dios en polvo), ve a la biblioteca del Instituto Teológico, en el Herengracht 514, pregunta por Tomás de Aquino, y haz que te bajen con una escala de cuerda a los pozos del acto y la potencia. Con eso les harás un gran favor a tus lectorcitos —y como si ésa hubiera sido su última palabra cerró los ojos y empezó a cantar con una entonación sumamente católica el *Tantum ergo* del gran padre de la Iglesia. Pero no duró mucho tiempo. Entró el editor de

ambos y se ofreció a traer algo de beber, y algo después llegó con una ginebra para el escritor y un vino tinto para el otro escritor, quien dejó descansar la mirada reflexionando sobre el gran Breitner, colocado oblicuamente frente a él—. Ese Breitner —dijo de manera aprobatoria, y como si el resto de la frase fuera una consecuencia lógica continuó—: Ahora me pondré en ridículo. Otra vez Pessoa —y citó, como lo hacen las personas que al mismo tiempo que citan quieren dar cuenta de su opinión negativa sobre la cita, con una inflexión ligeramente patética, como un humorista satírico—:

¿Y si no fuéramos en este mundo nada más que plumas y tinta
con las que alguien escribe realmente lo que garabateamos aquí?

Fabuloso, oye, pero es una tontería, y de verdad que me cabrea mucho. ¿*Por qué* tendría que ser otro? Siempre esa fascinación con el no existir de verdad, el no ser tú mismo quien escribe, el ser un doble de, el ser escrito por, el no tener que haber existido. Tomemos ahora a Borges. En su caso, bien es cierto, todo eso es mucho menos sentimental que en Pessoa, y lo escribe con una apariencia de lucidez escalofriante, como si fuera muy racional. Fantástico, oye, fabulosos cuentos que superan con creces el horizonte de la mayoría de los escritores, pero sin embargo también son tonterías. Yo nunca lo escribiría en un artículo, porque el mundo entero se me echaría encima —se bebió la copa de un trago y dirigió una falsa mirada implorante al editor—. ¿Otra más?

El editor se levantó y sin decir nada recorrió la larga distancia hacia el bar.

—Le llevará algún tiempo —dijo el otro escritor calculando la pequeña cola de personas esperando tras la cual el editor debía colocarse—, porque quería decirte algo fastidioso, y él no tiene por qué estar presente —se apretó el dedo (su dedo de escribir, pensó el escritor) en medio de la frente, como si quisiera fijar allí un signo secreto, y dijo—: Lo que quiero decir es esto: para esa clase de ejercicios de suprema intelectualidad hay que tener calibre, y tú no lo tienes. Yo tampoco, pero lo sé. Pero tú no sabes ni eso, y ahí está tu error. Allí abajo, con Pessoa, se sufre, y allí arriba, con Borges, hace frío. Mucho, mucho frío.

—Nunca he dicho que quisiera morar en esas esferas —dijo el escritor, al que de repente ese verbo le pareció también muy extraño—. Sólo me cuestiono algunas cosas. Me pregunto qué es exactamente lo que hace alguien cuando escribe una historia, y eso es lo mínimo que te puedes preguntar. Y además...

Pero el otro escritor ya estaba en otra cosa y dijo:

—¡Esa presunción demencial de los escritores! Todo escritor se cree distinto e incluso mejor que los demás porque los observa y vuelve a crear a otros a imagen y semejanza de ellos y de sí mismo, como si de alguna manera hubieran absorbido la esencia de lo que son las personas y ahora pudieran repartirla. Si olvidas por un momento la piadosa charla de la clase media cultural, sabrás que al grueso de la humanidad le interesa tanto la escritura o el oficio de escritor como la construcción de puentes o la arqueología prehistórica.

—Si eso es así —dijo el editor, que acababa de regresar con la bandeja y ponía las copas sobre la mesa—, entonces nos enfrentamos a tiempos sombríos.